

estos muros le obedecen á él solo?... El no los ha edificado.

—Sí, señor.

Y al ver que Raúl le miraba estupefacto, el persa le hizo seña de que se callase y le señaló con un ademán el espejo. . . . Fue aquello como un tembloroso reflejo. Su doble imagen se enturbió como en una onda rizada, y después todo quedó inmóvil.

—Ya ve usted, caballero, que esto no gira! ¡Tomemos otro camino!

—¡Esta noche no hay otro! . . . . respondió el persa con voz singularmente lúgubre. . . Y ahora, atención, y esté usted dispuesto á disparar.

Y él mismo apuntó con su pistola al espejo. Raúl le imitó. El persa atrajo al joven con la mano libre hasta su pecho, y, de repente, el espejo giró como en un deslumbramiento y un cruce de fuegos; giró como una de esas puertas giratorias de compartimentos que dan ahora entrada á las salas públicas. . . giró, llevándose á Raúl y al persa en su movimiento irresistible, y arrojándolos bruscamente de la plena luz en la más profunda oscuridad.

### X X I I I

#### EN LOS FOSOS DE LA OPERA.

—¡La mano alta, pronto á tirar! repitió apresuradamente el compañero de Raúl.

El muro, detrás de ellos, había dado una vuelta completa y se había cerrado de nuevo.

Los dos hombres se quedaron un

momento inmóviles, conteniendo la respiración.

En aquellas tinieblas reinaba un silencio que nada turbaba.

El persa se decidió á hacer un movimiento, y Raúl oyó que andaba de rodillas, buscando algo en la noche con sus manos trémulas.

De repente, las tinieblas se iluminaron delante del joven por el prudente fuego de una linterna sorda, y Raúl retrocedió instintivamente como para escapar á la investición de un enemigo culto. Pero comprendió en seguida que aquella luz pertenecía al persa, cuyos movimientos seguía. El pequeño disco rojo paseábase por las paredes, de arriba á abajo, en torno de ellos, meticulosamente. Esas paredes, estaban formadas, á la derecha de un muro, á la izquierda de un tabique de tablas, y encima y debajo de entarimados.

Y Raúl pensaba que Cristina había pasado por allí el día en que siguió á la voz del "Ángel de la Música." Aquel debía de ser el camino habitual de Erik cuando iba á través de las paredes á sorprender la buena fé y á aprovechar la inocencia de Cristina. Y, recordando las palabras del persa, pensó que aquél camino había sido misteriosamente establecido por el fantasma mismo. ¿hora bien, debía saber más adelante que Erik había encontrado allí, preparado para él, un corredor secreto cuya existencia conoció él solo durante mucho tiempo. Aquel corredor había sido creado cuando la "Commune" de París para que los carceleros llevasen directamente á los presos á los calabozos que se habían practicado en las cuevas, pues los federados

habían ocupado el edificio inmediatamente después del 18 de marzo, y habían hecho en lo alto un punto de partida para los globos que debían llevar á las provincias sus proclamas incendiarias, y en la parte baja de una cárcel de Estado.

El persa se había arrodillado y depositado en el suelo la linterna. Parecía ocupado en una rápida tarea en el entarimado, y, de pronto, apagó la linterna.

Raúl, entonces, oyó el ligero ruido de un resorte y vió en el suelo del corredor un cuadrado luminoso muy pálido. Era como si acabase de abrirse una ventana hacia los fosos, aún iluminados, de la Opera.

Raúl no veía al persa, pero le sintió á su lado y oyó su aliento.

—Sígame usted y haga todo lo que me vea hacer.

Raúl fué dirigido hacia el cuadrado luminoso, y vió que el persa se arrodillaba otra vez, y, suspendiéndose con las manos de la abertura, se dejaba deslizar á los fosos. El persa tenía entonces la pistola entre los dientes.

Cosa curiosa: el vizconde tenía plena confianza en el persa. A pesar de que lo ignoraba todo de él, y de que la mayor parte de sus frases no habían hecho más que aumentar la oscuridad de aquella aventura, no vacilaba en creer que, en esta hora decisiva, el persa estaba en su favor contra Erik. Le había parecido sincera su opinión cuando hablaba del "monstruo", y no le parecía sospechoso el interés que le había mostrado. En fin, si el persa hubiera alimentado algún proyecto siniestro contra Raúl, no le hubiera armado con sus propias manos. Y después para decirlo todo ¿no había

que llegar á toda costa á Cristina? Raúl no podía elegir los medios. Si hubiera vacilado, aun con dudas sobre la intención del persa, el joven se hubiese considerado como el último de los cobardes.

Raúl se suspendió á su vez de la trampa con las dos manos. "Suétese usted", oyó, y cayó en los brazos del persa, que le ordenó en seguida que se echase boca abajo, cerró la trampa encima de sus cabezas, sin que Raúl pudiese ver por qué estratagema, y se echó al lado del vizconde. Quiso éste hacer una pregunta, pero la mano del persa se apoyó en su boca, y, en seguida, oyó una voz en la que conoció la del comisario de policía que le había interrogado hacía un momento.

Raúl y el persa se encontraban entonces detrás de un tabique que los ocultaba perfectamente. Cerca de allí, subía hasta otra pieza una estrecha escalera, pieza en la que el comisario debía de estarse paseando y haciendo preguntas, pues se oía el ruido de sus pasos al mismo tiempo que el de su voz.

La luz que rodeaba los objetos era muy débil; pero, al salir de la densa oscuridad que reinaba en el pasillo de arriba, no costaba trabajo á Raúl distinguir la forma de las cosas.

Y no pudo contener una sorda exclamación, porque había allí tres cadáveres.

El primero estaba tendido en el estrecho descanso de la escalerilla que subía hasta la puerta detrás de la cual se oía al comisario; los otros dos habían rodado hasta el pie de esta escalera, con los brazos en cruz. Raúl, pasando los dedos á través del tabique de tablas

que le ocultaba, hubiera podido tocar con la mano á uno de aquellos desgraciados.

—¡Silencio!... volvió á decir el persa como en un aliento.

También él había visto los cuerpos y dijo una palabra para explicarlo todo:

—¡Ha sido "él!"

La voz del comisario se dejaba oír entonces con más fuerza. Estaba pidiendo explicaciones sobre el servicio del alumbrado, y el director de escena se las daba. El comisario debía, pues, de encontrarse en el centro del servicio de alumbrado ó en sus dependencias.

En aquella época, no se empleaba la electricidad más que para algunos efectos escénicos muy limitados y para los timbres de llamada. El inmenso edificio y el escenario mismo estaban todavía iluminados con gas, y con él se arreglaba y modificaba el alumbrado de una decoración, por medio de un aparato especial lleno de tubos, lo que hacía que se le llamase "el órgano."

Al lado de la concha del apuntador, había un nicho para el jefe del alumbrado, el cual, desde allí, daba sus órdenes á sus empleados y vigilaba su ejecución. En este nicho se colocaba Mauclair en todas las funciones.

Ahora bien, Mauclair no estaba en su nicho ni los empleados en sus puestos.

—¡Mauclair! ¡Mauclair!

La voz del director de escena sonaba ahora en los fosos como en un tambor. Pero Mauclair no respondía.

Hemos dicho que se abría una puerta en una escalera que subía

al segundo foso. El comisario la empujó, pero la puerta resistió.

—¡Calla! dijo, vea usted, señor director de escena, no se puede abrir esta puerta. ¿Está siempre tan premiosa?

El director de escena, de un violento empujón, logró entreabrir la puerta, pero notó que empujaba al mismo tiempo un cuerpo humano, y no pudo contener una exclamación. Había conocido en seguida ese cuerpo.

—¡Mauclair!

Todas las personas que habían seguido al comisario se adelantaron alarmadas.

—¡Desgraciado! Está muerto, gimió el director de escena.

Pero el comisario Mifroid, al que nada sorprendía, estaba ya inclinado sobre aquel gran cuerpo.

—No, dijo, está borracho perdido, lo que no es lo mismo.

—Sería la primera vez, declaró el director de escena.

—Entonces se le ha hecho tomar algún narcótico... Es muy posible.

Mifroid se levantó, bajó unos escalones y exclamó:

—¡Miren ustedes!

Al resplandor de un farolillo rojo, al pie de la escalera, había otros dos cuerpos, y el director de escena reconoció á los ayudantes de Mauclair... Mifroid los auscultó.

—Duermen profundamente, dijo.

—¡Muy curioso asunto!... No podemos ya dudar de la intervención de un desconocido en el servicio del alumbrado... individuo que trabajaba evidentemente por cuenta del raptor... ¡Pero qué singular idea la de robar una artista en escena!... ¡Es provocar las dificultades, ó yo no entiendo una pa-

labra de esto!... Que vayan á buscar al médico del teatro.

Y Mifroid repitió:

—¡Muy curioso!... ¡Muy curioso asunto!...

Después se volvió á las personas que Raúl y el persa no podían ver desde el sitio en que se encontraban.

—¿Qué dicen ustedes de todo esto, señores? preguntó. Solamente ustedes no dan su opinión, y, sin embargo, deben de tener una.

—Pasan aquí, señor comisario, cosas que no podemos explicarnos.

Y las dos figuras desaparecieron.

—Gracias por el informe, señores, dijo el comisario en tono de guasa.

Pero el director de escena, cuya barbilla reposaba entonces en la palma de la mano derecha, gesto de la reflexión profunda, dijo:

—No es la primera vez que Mauclair se duerme en el teatro. Recuerdo haberle encontrado una noche durmiendo en su nicho, al lado de su caja de rapé.

—¿Hace mucho tiempo? preguntó Mifroid.

—No... no hace mucho tiempo... Espere usted... era en la noche... sí... era en la noche en que la Carlota lanzó su célebre quiquiriquí...

—¿Verdaderamente?... ¿La noche del gallo de la Carlota?

Y Mifroid miró atentamente al director de escena como si quisiera penetrar en su pensamiento.

—¿Así, pues, Mauclair toma rapé? preguntó con expresión negligente.

—Sí, señor comisario... Mire usted, justamente, aquí está su tabaquera... Es un gran aficionado.

—Y yo también, dijo Mifroid.

metiéndose la tabaquera en el bolsillo.

Raúl y el persa asistieron, sin que nadie sospechase su presencia, al transporte de los tres cuerpos por unos maquinistas. Siguiólos el comisario, y todo el mundo subió detrás de ellos. Por unos instantes, se oyeron aún resonar sus pasos en el escenario.

Cuando estuvieron solos, el persa hizo señá á Raúl de que se levantase, y éste obedeció; pero como al mismo tiempo no había colocado la mano á la altura de los ojos, dispuesto á tirar, como no dejaba de hacerlo el persa, éste le recomendó que tomase de nuevo esta posición y que no la abandonase, sucediera lo que sucediera.

—Pero eso cansa la mano inútilmente, murmuró Raúl, y si tiro no estaré ya seguro de mí.

—Cambie usted, entonces, el arma de la mano, concedió el persa.

—No sé tirar con la mano izquierda.

A lo que el persa respondió con esta declaración extraordinaria, no muy propia, evidentemente, para aclarar la situación en el cerebro descompuesto del joven:

—"No se trata de tirar con la mano izquierda ni con la derecha; se trata de tener una de las dos colocada como si fuese á apretar el gatillo de una pistola, teniendo el brazo medio replegado. En cuanto á la misma pistola, después de todo, puede usted metérsela en el bolsillo."

Y añadió:

—Que quede esto convenido, ó no respondo de nada... Es una cuestión de vida ó muerte... Ahora silencio y sízame usted.

Encontrábanse entonces en el segundo foso. Raúl no hacía más que vislumbrar á la luz de algunos faroles inmóviles aquí y allá en sus prisiones de vidrio, una ínfima parte de aquel abismo extravagante, sublime é infantil, divertido como una caja de sorpresas y horrible como un precipicio, que son los fosos de la Opera.

Son cinco y de los más formidables. Esos fosos reproducen todos los planos de la escena, sus trampas y sus escotillones. Solamente las hendeduras son reemplazadas por rieles. Un complicado mecanismo permite dejar paso á las "glorias" y otras combinaciones, destinadas á hacer funcionar las grandes decoraciones, á cambiarlas á la vista del público y á efectuar la desaparición repentina de los personajes de las funciones de magia. Desde estos fosos, han dicho X., Y., Z., autores de un interesante estudio sobre la obra de Garnier, es desde donde se transforma á los enclenques en hermosos caballeros y á las repugnantes brujas en hadas radiantes de juventud. Satán viene de los fosos como se hunde en ellos; de allí se escapan las luces del infierno y allí se colocan los coros de demonios.

Y los fantasmas se pasean allí como por su casa...

Raúl seguía al persa, obedeciendo á la letra sus recomendaciones, no tratando de comprender los gestos que le ordenaba, y pensando que no tenía otra esperanza más que él.

¿Qué hubiera hecho sin él en aquel horrible dédalo?

¿No hubiera sido detenido á cada paso por el entrecruzamiento prodigioso de cuerdas y vigas? ¿No

hubiera sido cogido en aquella tela de araña gigantesca?

Y si hubiera podido pasar á través de aquella red de cuerdas y de contrapesos que se levantaban sin cesar delante de él, ¿no corría el riesgo de caerse en uno de aquellos agujeros que se abrían bajo sus pasos y en los que la vista no percibía más que un fondo de tinieblas?

Ambos iban bajando... bajando... cada vez más.

Y estaban ahora en el tercer foso.

Sus pasos seguían estando alumbrados por algún farol lejano...

Cuanto más descendían, más precauciones parecía tomar el persa, que no cesaba de volverse hacia Raúl y de recomendarle que estuviere como era debido, enseñándole la manera de tener él mismo el puño, ahora desarmado, pero siempre en actitud de tirar, como si hubiera tenido una pistola.

De repente, los dejó clavados en sus sitios una voz sonora. Alguien aullaba encima de ellos:

—¡Al escenario todos los cerradores de puertas! ¡El señor comisario los llama!

Oyéronse pasos, y unas sombras se deslizaron en la oscuridad. El persa había llevado á Raúl detrás de un bastidor y, desde allí, vieron pasar por encima de ellos unos viejos encorvados por los años ó por el peso de las decoraciones de ópera. Algunos apenas podían arrastrarse, y otros, por costumbre, el espinazo bajo y las manos por delante, buscaban puertas que cerrar.

Porque eran los cerradores de puertas... los antiguos tramoyistas agotados, de los que había tenido piedad una dirección carita-

tiva, que los había hecho cerradores de puertas en los fosos y en los telares. Todos iban y venían sin cesar de alto á bajo de la escena, para cerrar las puertas, y así se los llamaba en aquel tiempo, pues creo que ya han muerto todos los "cazadores de corrientes de aire."

Las corrientes de aire, de dondequiera que vengan, son muy malas para la voz. (1)

El persa y Raúl se felicitaron en sus adentros por aquel incidente que los desembarazaba de testigos molestos, pues algunos de los cerradores de puertas, no teniendo nada que hacer ó careciendo de domicilio, se quedaban en la Opera por pereza ó por necesidad, y allí pasaban la noche. Raúl y el persa podían tropezar con ellos, despertarlos y hacerse pedir explicaciones. Las diligencias del comisario libraban momentáneamente á nuestros dos compañeros de esos malos encuentros.

Pero no gozaron mucho tiempo de su soledad... Otras sombras bajaban por el mismo camino por donde habían subido los cerradores de puertas. Aquellas sombras tenían cada una una pequeña linterna, y la agitaban llevándola arriba y abajo, examinándolo todo á su alrededor, y pareciendo evidentemente que buscaban algo ó á alguien.

—¡Diablo! murmuró el persa, no sé lo que buscan, pero pudieran muy bien encontrarnos... ¡Huya-

(1) Don Pedro Gailhard me ha contado él mismo que creó aún plazas de cerradores de puertas para antiguos tramoyistas á quienes no quería poner en la puerta.

mos!... ¡Pronto!... ¡La mano en guardia, caballero, como para tirar... Doble usted más el brazo... ¡Ajajá!... La mano á la altura de los ojos, como si estuviera usted batiéndose en duelo y esperase el mando de: "¡Fuego!..." Deje usted la pistola en el bolsillo... ¡Bajemos pronto!... (El persa conducía á Raúl al quinto foso). ¡A la altura de los ojos!... ¡Cuestión de vida ó muerte!... ¡Oh, qué duelo, caballero! ¡Qué duelo!

Cuando el persa llegó al quinto foso, respiró... Parecía gozar de un poco más de seguridad de la que tenía hacía un momento cuando se habían detenido en el tercero, pero no prescindía de la actitud de la mano.

Raúl tuvo tiempo de asombrarse una vez más—sin hacer ninguna nueva observación, pues creía que no era tiempo—por aquel extraordinario concepto de la defensa personal que consistía en guardarse la pistola en el bolsillo mientras que la mano seguía pronta á servirse de ella en la posición de espera del mando de "¡fuego!" en un duelo de aquella época.

Y, acerca de ésto, Raúl pensó aún que el persa le había dicho que aquellas pistolas eran seguras, de donde el vizconde deducía esta conclusión interrogadora: "¿Qué puede importarle estar seguro de una pistola de la que cree inútil servirse?"

Pero el persa le detuvo en sus vagos ensayos de reflexión, y, haciéndole seña de que se estuviera quieto, subió unos escalones de la escalera que acababan de bajar. Después, PANTASMA DE LA OPERA.—6.

rápido, volvió al lado de Raúl.

—Somos estúpidos, le dijo al oído, vamos a ser Cesembrazados muy pronto de las sombras portadoras de linternas; son los bomberos que están haciendo su ronda. (1)

Los dos hombres estuvieron á la defensiva durante cinco largos minutos, y el persa se llevó de nuevo á Raúl hacia la escalera que acababan de bajar; pero, de repente, su ademán le ordenó la inmovilidad.

Delante de ellos se agitaba la noche...

—¡Boca abajo!... dijo el persa en voz apenas perceptible.

Los dos hombres se echaron en el suelo.

Era tiempo.

Una sombra, que no llevaba esta vez ninguna linterna, una sombra sencillamente en la sombra, estaba pasando.

Aquella sombra pasó casi tocándolos.

Sintieron en la cara el aire cálido de su manto...

Porque pudieron distinguir bastante para ver que tenía un manto que la envolvía de la cabeza á los pies, y, en la cabeza, un sombrero de fieltro flexible.

La sombra se alejó dando en los muros con el pie.

(1) En aquella época, los bomberos tenían todavía la misión de velar, fuera de las funciones, por la seguridad de la Opera; pero este servicio se ha suprimido después. Y preguntando yo la razón á don Pedro Gailhard, me dijo que era porque se había temido que en su inexperiencia completa de los fosos, "los prendiesen fuego."

—¡De buena hemos escapado!... dijo el persa. Esta sombra me conoce, y me ha llevado ya dos veces al despacho de la dirección.

—¿Es alguien de la policía del teatro?... preguntó Raúl.

—Es alguien mucho peor, respondió sin otra explicación el persa. (1)

—¿No es "él"?

—"¿El?"... Si no llega por detrás, veremos seguramente sus ojos de oro... Es, en cierto modo, nuestra fuerza en la obscuridad. Pero puede llegar por detrás, á paso de lobo... y somos muertos si no tenemos siempre las manos como si fuesen á tirar, á la altura de los ojos, hacia delante.

No había acabado el persa de formular de nuevo esta línea de conducta, cuando apareció ante los

(1) El autor, así como el persa, no darán más explicación sobre esta aparición de sombra. Mientras todo será explicado en esta verídica historia, el autor no hará comprender expresamente al lector lo que quiso decir el persa cuando afirmó que aquella sombra era peor que si fuese alguien de la policía del teatro. El lector deberá adivinarlo, pues el autor ha prometido al antiguo director de la Opera, don Pedro Gailhard, guardarle el secreto sobre la personalidad extremadamente interesante y útil de la tal sombra, la cual, condenándose á vivir en los fosos del teatro, ha prestado tan prodigiosos servicios á los que, en las noches de gala, por ejemplo, se atreven á arriesgarse en los fosos. Hablo aquí de servicios del Estado, y, palabra de honor, no puedo decir más.

dos hombres una cara fantástica.

—Una cara entera; no, solamente, dos ojos de oro.

— Toda una cara luminosa, toda una cara de fuego...

—Sí, una cara de fuego que se adelantaba á la altura de un hombre, "pero sin cuerpo."

Aquella cara despedía fuego.

Parecía en la noche como una llama en forma de cara de hombre.

—¡Oh! dijo el persa entre dientes, es la primera vez que la veo. El teniente de bomberos no estaba loco; la había visto bien... ¿Qué es esta llama?... ¡No es él, pero es acaso él quien nos la envía... ¡Atención! ¡Atención!... ¡La mano á la altura de los ojos, en nombre del cielo!... ¡A la altura de los ojos!...

La cara de fuego, que parecía una cara de infierno, de demonio ardiendo, seguía avanzando á la altura de un hombre sin cuerpo, al encuentro de nuestros dos compañeros aterrados...

—El nos envía, acaso, esta cara por delante, para sorprendernos mejor por detrás ó de costado; con él no se sabe nunca... Conozco muchas astucias suyas... ¡Pero ésta!... ¡Pero ésta!... Esta no la conozco todavía... ¡Huyamos!... por prudencia, ¿verdad? sólo por prudencia. ¡La mano á la altura de los ojos!...

Y ambos huyeron por el largo corredor subterráneo que se abría delante de ellos.

Después de unos minutos de esta carrera, se detuvieron.

—Sin embargo, dijo el persa, él viene raras veces por aquí,.....

Este lado no le corresponde, porque no conduce al Lago ni á la morada del Lago... Pero sabe, acaso, que estamos sobre su pista, aunque yo le he jurado dejarle tranquilo en adelante y no ocuparme más de sus historias.

Diciendo esto, volvió la cabeza y lo mismo hizo Raúl.

Y vieron aún la cabeza de fuego que los había seguido, puede ser que más de prisa que ellos, pues parecía que se había acercado.

Al mismo tiempo, empezaron á percibir cierto ruido cuya naturaleza no podían adivinar; se daban cuenta solamente de que el ruido parecía cambiar de lugar y se acercaba con la cara en llamas... Eran crujidos, ó, mejor, arañazos, como si millares de uñas se hubieran rozado con una pizarra, ruido espantoso é insoportable que se produce también, algunas veces, cuando raspa la pizarra una piedrecita en el interior de la tiza.

Retrocedieron otra vez, pero la cara en llamas seguía avanzando y ganaba terreno hacia ellos. Se podían ver muy bien ahora sus facciones. Eran sus ojos redondos y fijos, la nariz un poco torcida, la boca grande, con el labio inferior en semicírculo y pendiente; poco más ó menos, como los ojos, la nariz y los labios de la luna cuando está color de sangre.

¿Cómo, aquella luna roja, se deslizaba en las tinieblas sin punto de apoyo, sin cuerpo para soportarla, á lo menos aparentemente? ¿Y cómo iba tan de prisa y tan recta, con sus ojos tan fijos? ¿Y de dónde venía aquel crujido?

Llegó un momento en que Raúl y el persa no pudieron retroceder

más y se pegaron á la pared, no sabiendo lo que iba á ser de ellos, á causa de aquella incomprensible cara de fuegos y, sobre todo, del ruido más cercano, más intenso, más "numeroso", pues estaba ciertamente formado por millares de ruiditos que se removían en las tinieblas debajo de la cara en llamas.

La cabeza ardiendo avanza.... ¡Ya está aquí!.... ¡Ya está aquí con su ruido!....

Y los dos compañeros, pegados á la pared, sienten erizarse los cabellos en sus cabezas, pues ahora saben de dónde vienen los mil ruidos. Vienen en tropa, empujados en la sombra por innumerables pequeñas ondas prietas, más rápidas que las olas que trotan en la arena en la marea alta, olas de noche, que se agitan á la luna, á la luna de la cabeza llama.

Y las olas les pasan por las piernas y se les suben por ellas, irresistiblemente. Raúl y el persa, entonces, no pueden contener sus gritos de horror, de espanto y de dolor.

Tampoco pueden seguir teniendo la mano á la altura de los ojos, posición de duelo en aquella época.

Sus manos descienden á las piernas para rechazar á las olas que suben y que traen pequeñas cosas agudas, las olas que están llenas de patas, de uñas, de garras y de dientes.

Si, Raúl y el persa están á punto de desmayarse como el teniente de bomberos Papin. Pero la cabeza de fuego se ha vuelto hacia ellos al oírlos chillar, y les dice:

—¡No os mováis!.... ¡No os

mováis!.... ¡Y, sobre todo, no me sigáis!.... ¡Soy el matador de ratas!.... ¡Dejadme pasar con mis ratas!....

Y, de repente, desapareció la cabeza de fuego, desvanecida en las tinieblas, mientras que, delante de ella, el pasillo se iluminaba á lo lejos, simple resultado de la maniobra que el matador de ratas acababa de hacer sufrir á su linterna sorda. Hacia un momento, para no asustar á las ratas delante de él, había vuelto la linterna hacia sí mismo, iluminando su propia cabeza. Ahora, para apresurar su fuga, iluminaba el espacio negro delante de ella.... Y echó á correr, llevándose con él todas las oleadas de ratas trepadoras y crujientes, todos los mil ruidos.

El persa y Raúl, ya libres, respiraron, aunque aún temblando.

—Hubiera debido recordar que Erik me ha hablado del matador de ratas, pero no había dicho que se presentaba bajo este aspecto. Es extraño que no le haya yo encontrado nunca. (1)

(1) El antiguo director de la Opera, don Pedro Gailhard, me contó un día, en el Cao d'Ail, el inmenso perjuicio subterráneo debido á los estragos de las ratas, hasta que, un día, la administración trató, por un precio bastante elevado, con un individuo que se comprometía á suprimir la plaga, yendo á dar por allí una vuelta cada quince días. Desde entonces, no más ratas en la Opera. El señor Gailhard piensa que aquel hombre había descubierto un perfume secreto que atraía las ratas, como el que algunos pescadores se ponen

—¡Ah! he creído que era una de las fechorías del monstruo, suspiró. Pero no, no viene jamás á estos parajes.

—¿Estamos, entonces, lejos del lago?... interrogó Raúl. ¿Cuándo vamos á llegar en ese caso?... ¡Vamos al lago!.... Cuando estamos allí, gritaremos, sacudiremos los muros... y Cristina nos oirá... Y, puesto que usted le conoce, le hablaremos....

—¡Niño! dijo el persa. No entraremos jamás en la morada del lago por el lago.

—¿Por qué?

—Porque allí es donde ha acumulado toda su defensa.... ¡Yo mismo no he podido nunca llegar á la otra orilla.... á la orilla donde está la casa.... Hay que atravesar el lago ante todo, y esta bien guardado.... temo que los antiguos: maquinistas ó cerradores, de puertas á quienes no se ha visto más, hayan sencillamente intentado pasar el lago.... ¡Es terrible!.... Yo mismo estuve á punto de quedarme allí si el monstruo no me hubiera conocido á tiempo.... Un

en las piernas para atraer los peces. Aquel hombre las arrastraba detrás de él á alguna cueva donde las ratas, borrachas, se dejaban ahogar. Hemos visto el espanto que la aparición de esta figura causó al teniente de bomberos, espanto que llegó al desmayo—conversación con el señor Gailhard—y, para mí, no sabe duda que la cabeza de llama encontrada por aquel bombero, es la misma que puso en tan cruel apuro al persa y al vizconde de Chagny ("Papeles del Persa").

consejo, caballero: no se acerque usted jamás al lago.... Y, sobre todo, tápese las orejas si oye cantar á la "Voz debajo del agua", á la voz de la sirena.

—Pero, entonces, dijo Raúl, en un transporte de fiebre, de impaciencia y de rabia, ¿qué estamos haciendo aquí?.... Si usted no puede hacer nada en favor de Cristina, déjeme al menos morir por ella.

El persa trató de calmar al joven.

—No tenemos más que un medio de salvar á Cristina, créame usted, y es penetrar en esa morada sin que el monstruo lo eche de ver.

—¿Podemos esperararlo, caballero?

—Si no tuviera esa esperanza, no hubiera ido á buscar á usted.

—¿Y por dónde se puede entrar en la morada del lago, sin pasar por el lago?

—Por el tercer foso, del que hemos sido tan desdichadamente arrojados y al que vamos á volver ahora mismo.... Voy á decir á usted, caballero, exclamó el persa de repente con la voz visiblemente alterada, voy á decir á usted el sitio exacto.... Se encuentra entre el muro y una decoración del "Rey de Lahore," que han olvidado allí. Exactamente el sitio en que murió José Bucuet....

—¡Ah! ¿el maquinista á quien se encontró ahorcado?

—Si, señor, añadió en tono singular el persa; y cuya cuerda no se pudo hallar... ¡Ea!... ¡valor y marcha!... Vnélvase á poner en guardia, caballero.... ¿Pero dónde estamos?... UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

El persa tuvo que encender la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

linterna sorda y dirigió el rayo luminoso á dos vastos corredores que se abrían en ángulo recto y cuyas bóvedas se perdían en el infinito.

—Debemos estar, dijo, en la parte reservada más particularmente al servicio de las aguas. . . . . No veo ningún fuego procedente del calorífero.

Precedió á Raúl, buscando su camino y parándose bruscamente cuando temía que pasara algún "hidráulico"; después, tuvieron que esconderse del resplandor de una especie de fragua subterránea que se acababa de apagar y delante de la cual conoció Raúl á los demonios vislumbrados por Cristina en el día de su primera cautividad.

De este modo volvían poco á poco hacia los prodigiosos fosos de la escena.

Debían de estar entonces en el fondo de la "cuba", á una gran profundidad, si se piensa que se ahondó la tierra debajo de las capas de agua que existían en toda esta parte de la capital, y se tuvo que agotar casi toda el agua. . . . .

Se tiró tanta que para formarse una idea de la masa de agua extraída por las bombas, habría que representarse la superficie del patio del Louvre y una altura vez y media mayor que la de las torres de Nuestra Señora. Y, con todo, hubo que conservar un lago.

En este momento, el persa tocó á una pared y dijo:

—Si no me engaño, este muro pudiera bien pertenecer á la morada del lago.

Estaba entonces golpeando contra una pared de la "cuba." Y

acaso no sea inútil que el lector sepa cómo habían sido construídos el fondo y las paredes de esta "cuba."

A fin de evitar que las aguas que rodean á la construcción, quedasen en contacto directo con los muros que sostienen todo el establecimiento de la maquinaria teatral, cuyo conjunto de carpintería, cerrajería y lienzos pintados tiene que estar especialmente preservado de la humanidad el arquitecto se vio en la necesidad de establecer por todas partes "una doble envoltura."

Este trabajo exigió todo un año. Al hablar á Raúl de la morada del lago, el persa golpeaba el muro de la primera envoltura interior. Para cualquiera que conociese al arquitecto del monumento, el gesto del persa parecía indicar que la misteriosa casa de Erik había sido edificada en la doble envoltura, formada por un gran muro construído de fábrica con una espesa capa de ladrillo, otra de cemento, y otro muro de varios metros de espesor.

Al oír las palabras del persa, Raúl se acercó vivamente á la pared y escuchó con avidez.

Pero no oyó nada. . . . nada más que pasos lejanos que resonaban en el suelo de la parte alta del teatro.

El persa había apagado de nuevo la linterna.

—¡Atención! dijo. La mano dispuesta. . . . Y, ahora, silencio, porque vamos á tratar de entrar en su casa.

Y le llevó hasta la escalerilla que acababan de bajar.

Subieron de nuevo, deteniéndose-

se en cada escalón y espiando la sombra y el silencio.

De este modo se encontraron en el tercer foso. . . .

El persa hizo entonces seña á Raúl de que se pusiese de rodillas, y de este modo, arrojándose de rodillas y apoyados en una mano, teniendo siempre la otra en la posición indicada, llegaron á la pared del fondo.

Apoyado en esta pared había un lienzo, una decoración del "Rey de Lahore."

Y, muy cerca de esta decoración, un bastidor.

Entre la decoración y el bastidor, había exactamente el sitio de un cuerpo. . . .

Un cuerpo que un día se había encontrado ahorcado. . . . el cuerpo de José Buquet.

El persa, siguiendo de rodillas, se había detenido y estaba escuchando.

Pareció vacilar un momento y miró á Raúl; después sus ojos se fijaron en lo alto, en el segundo foso, que los enviaba la débil claridad de un farol por la juntura de dos tablas.

Evidentemente, aquella luz estorbaba al persa.

Por fin, movió la cabeza y se decidió.

Entonces se deslizó entre el bastidor y la decoración del "Rey de Lahore." Raúl hizo lo mismo.

La mano libre del persa palpaba la pared, y Raúl le vio un momento apoyarse fuertemente en ella, como había hecho en la del cuarto de Cristina.

. . . . Y una piedra giró. . . .

Había ahora un agujero en la pared

El persa sacó esta vez la pistola del bolsillo é indicó á Raúl que le imitase. Después montó la pistola

Y resucitamente, siempre de rodillas, se metió en el agujero que la piedra, al girar, había descubierto en la pared.

Raúl, que hubiera querido pasar el primero, tuvo que contentarse con seguirle.

Aquel agujero era muy estrecho. El persa se detuvo en seguida. Y Raúl le oyó palpar las paredes alrededor de él. Después sacó otra vez la linterna sorda, se inclinó, examinó algo debajo de él y apagó en seguida la linterna. Raúl le oyó que le decía como en un aliento:

—Va á ser necesario dejarnos caer unos metros sin ruido; quítese usted las botas.

El persa estaba ya haciendo la misma operación y dió su botas á Raúl.

—Déjelas usted del otro lado del muro, dijo; las recogeremos al salir. (1)

Dicho isto el persa avanzó un poco. Después se volvió completamente, siempre de rodillas, y se encontró frente á frente con Raúl, al que dijo:

—Voy á suspenderme con las manos de la piedra y á dejarme caer "en su casa". En seguida, haga

(1) No encontraron nunca aquellos dos pares de botas que habían sido depositadas, según el persa, entre el bastidor y la decoración del "Rey de Lahore", en el sitio en que se había encontrado ahorcado á José Buquet. Algún maquinista ó "cerrador de puertas" debió de cogerlas

usted exactamente lo mismo, y no tema, pues yo le recibiré en mis brazos.

Hízolo el persa como lo había dicho, y Raúl oyó debajo de él un ruido. El joven se estremeció, pensando que aquel ruido podía revelar su presencia.

Sin embargo, más que aquel ruido, la ausencia de otro alguno era para Raúl un horrible motivo de angustia. ¡Cómo! según el persa, acababan de penetrar en la morada del Lago, y no se oía á Cristina... ¡Ni un grito!... ¡Ni una llamada!... ¡Ni un gemido!... ¡Dios mío!... ¿Llegarían tarde?...

Rozando con las rodillas la muralla y agarrándose á las piedras con sus dedos nerviosos, Raúl se dejó caer á su vez.

Y, en seguida, se sintió abrazado.

—¡Soy yo! dijo el persa. ¡Silencio!

Y se quedaron inmóviles, escuchando....

Jamás había sido más opaca la noche alrededor de ellos....

Jamás había sido el silencio más pesado ni más terrible....

Raúl se hundía las uñas en los labios para no gritar: ¡Cristina! ¡Soy yo! ¡Respóndeme si no estás muerta! ¡Cristina!

Por fin volvió á empezar el juego de la linterna sorda.

El persa dirigió su rayo por encima de sus cabezas, hacia la muralla, buscando el agujero por el cual habían entrado y que no encontró ya.

—¡Oh! dijo, la piedra se ha cerrado por sí sola.

Y el obispo luminoso de la linter-

na descendió por la pared hasta el suelo.

El persa se bajó y recogió del suelo una especie de cuerda que examinó un segundo y rechazó después con horror.

—¡"La cuerda del Pendjab!" murmuró.

—¿Qué es eso?, preguntó Raúl.

—Esto, respondió el persa estremeciéndose, pudiera bien ser la cuerda del ahorcado que tanto se buscó.

Y, rápidamente, dominado por una nueva ansiedad, paseó por las paredes el disco rojo de la linterna.... De este modo iluminó, cosa rara, un tronco de árbol que parecía aún viviente, con sus hojas, y las ramas de este árbol subían por la muralla é iban á perderse en el techo.

A causa de la pequeñez del disco luminoso, era difícil al pronto darse cuenta de las cosas.... Se veía un rincón de hojas... después una rama... luego otra, y al lado no se veía ya nada fuera del foco luminoso que parecía reflejarse á sí mismo.

Raúl pasó la mano por aquella nada, por aquel reflejo.

—¡Calla! dijo. ¡La pared es un espejo!

—Sí, un espejo, respondió el persa en el tono de la emoción más profunda. Y añadió pasando la mano en que tenía la pistola por su frente bañada en sudor:

—Hemos caído en lá cámara de los suplicios.



#### XXIV

### INTERESANTES E INSTRUCTIVAS TRIBULACIONES DE UN PERSA EN LOS FOSOS DE LA OPERA.— (RELATO DEL PERSA).

El mismo persa ha contado que hasta aquella noche había intentado en vano penetrar en la morada del Lago por el lago; cómo había descubierto la entrada por el tercer foso y cómo, finalmente, el vizconde de Chagny y él tuvieron que habérselas con la infernal imaginación del fantasma en la cámara de los suplicios. He aquí el relato escrito que nos ha dejado (en condiciones que serán precisadas más adelante), y al que no he cambiado ni una palabra. Le doy tal como está, porque no he creído que debía pasar en silencio las aventuras personales del daroga alrededor de la casa del lago, antes de caer en ella en compañía de Raúl. Si, durante unos momentos, este comienzo tan interesante parece alejarnos de la cámara de los suplicios, será para conducirnos mejor á ella, y en seguida, después de haber explicado cosas muy importantes y ciertas actitudes del persa que han podido parecer muy extraordinarias.

"Era la primera vez que yo entraba en la casa del lago, dice el persa. En vano había rogado al "aficionado á trampas," como se llamaba á Erik en Persia, que me abriese aquellas misteriosas puertas. Siempre se había negado. Yo, que tenía el deber de conocer muchos de sus secretos y de sus tri-

quiñuelas, había tratado en vano de forzar la consigna por astucia. Desde que encontré á Erik en la Opera, donde parecía haber elegido domicilio, le había espiado con frecuencia, ya en los bastidores de encima, ya en los de debajo, ya en la orilla misma del lago, cuando se creía solo y tomaba la barquilla para atracar directamente en el muro de enfrente. Pero la sombra que le rodeaba era siempre demasiado opaca para permitirme ver el sitio exacto en que hacía funcionar la puerta en el muro. La curiosidad, y también una idea espantosa que me había ocurrido pensando en ciertas cosas que el monstruo me había dicho, me impulsaron, un día en que me creía solo á mi vez, á meterme en la barquilla y á dirigirla hacia la parte del muro en que había visto desaparecer á Erik. Entonces fué cuando tuve que habérmelas con la sirena que guardaba aquellos lugares y cuyo encanto estuvo á punto de serme fatal. No había hecho más que apartarme de la orilla, cuando el silencio en que navegaba fué turbado insensiblemente por una especie de aliento cantante que me rodeó.... Era, al mismo tiempo, una respiración y una música que subía muy despacio de las aguas del lago, y que me envolvía sin que yo pudiese descubrir por qué artificio.

Aquella música me seguía, cambiaba de lugar conmigo, y era tan suave que no me daba miedo. Al contrario, en el deseo de acercarme al origen de aquella dulce y cantavadora armonía, me incliné en la barquilla hacia las aguas, pues no me cabía duda de que aquel canto venía de ellas. Estaba ya en medio

del lago y no había nadie más que yo en la barca; la voz—pues era ya distintivamente una voz—estaba á mi lado, en las aguas. Yo me incliné más y más... Estaba el lago perfectamente tranquilo y el rayo de luna que, después de haber pasado por el tragaluz de la calle de Scribe, iba á iluminarlo, no me mostró absolutamente nada en la superficie lisa y negra como tinta. Me sacudí un poco las orejas con la intención de desembarazarme de un ruido interno posible, pero tuve que rendirme á la evidencia de que no había ruido interno comparable en armonía con el aliento cantante que me seguía y que ejercía ahora sobre mí una singular atracción.

Si hubiera sido yo un espíritu supersticioso é inclinado á las fábulas, no hubiera dejado de pensar que tenía que habérmelas con alguna sirena encargada de turbar al viajero bastante atrevido para viajar por las aguas de la casa del lago. Pero, á Dios gracias, soy de un país donde gusta demasiado lo fantástico para no conocerlo á fondo, y lo había yo estudiado mucho en otro tiempo con Erik para ignorar que con los mecanismos más sencillos el que conoce el oficio puede hacer trabajar enormemente á la pobre imaginación humana.

No dudaba que tenía que haberme las con alguna nueva invención de Erik; pero aquella invención era tan perfecta que, al inclinarme en la barca, buscaba más el gozar de su encanto que el descubrir la superchería.

Y me incliné... me incliné... hasta volcar.

De repente, dos brazos monstruosos salieron del seno de las aguas,

me agarraron por el cuello y me arrastraron al abismo con una fuerza irresistible. Estaba ciertamente perdido, si no hubiera tenido tiempo de dar un grito en el que Erik me reconoció.

Porque era él, y en lugar de ahogarme, como había sido ciertamente su intención, nadó y me depositó suavemente en la orilla.

—¿Ves lo imprudente que eres? me dijo irguiéndose calado de aquella agua de infierno. ¿Por qué intentas entrar en mi morada? No te he invitado. No te quiero á tí aquí ni á nadie del mundo. ¿Me has salvado la vida para hacérmela insostenible? Por grande que sea el servicio que le prestaste, Erik acabará por olvidarlo, y ya sabes que nada puede contener á Erik, ni Erik mismo.

Mientras él hablaba, no tenía yo más deseo que conocer lo que yo llamaba ya la "artimaña de la sirena." Erik se dignó contentar mi curiosidad, porque es un verdadero monstruo—como yo le juzgo por haberle visto maniobrar en Persia—pero resulta en ciertos conceptos un verdadero niño vanidoso, y nada le gusta tanto, después de haber admirado á la gente, como probar todo el ingenio verdaderamente milagroso de su mente.

Se echó á reír y me enseñó una larga caña.

—Es lo más tonto del mundo, me dijo, pero muy cómodo para respirar y cantar dentro del agua. Es una artimaña que aprendí de los piratas del Tonkin, los que pueden así permanecer horas enteras en el fondo de los ríos. (1)

(1) Un informe administrativo venido del Tonkin y llegado á París

Yo le hablé severamente.

—Es una astucia que ha estado á punto de matarme, dije, y que puede que haya sido fatal á otros!...

No respondió, pero se alzó delante de mí con ese aspecto terrible que tan bien le conozco.

No me dejé imponer y le dije muy claro:

—¿Sabes lo que has prometido, Erik: nada de crímenes!

—¿Acaso he cometido verdaderamente crímenes? respondió recordando su expresión animada.

—¿Desgraciado!... exclamé. ¿Has olvidado las "Horas rosa de Mazeran"?

—Sí, respondió, triste de repente, prefiero haberlas olvidado, pero bien hice reír á la sultana.

—Todo eso, declaré, es el pasado, pero existe el presente... y me debes cuenta de él, pues si yo hubiera querido no existiría para tí. ¡Recuerda bien esto, Erik: te he salvado la vida!

Y aproveché el giro que había tomado la conversación para hablarle de una cosa que, hacía algún tiempo, me daba vueltas por la cabeza.

—Erik, exclamé... Erik, júrame...

—¿Qué?... respondió; ya sabes que yo no cumplo mis juramentos. Los juramentos se han inventado para engañar á los tontos.

á fines de julio de 1909, cuenta que el célebre jefe de partida el De Tham, acosado con sus piratas por nuestros soldados, pudo escaparse con todos los suyos, por un río, gracias á la artimaña de las cañas.

—Dime... bien puedes decirme lo á mí...

—¿Qué?

—¿La lucerna... la lucerna, Erik!...

—¿Qué hay con la lucerna?

—Bien sabes lo que quiero decir...

—¡Ah! dijo en tono de burla... lo de la lucerna, bien puedo decirlo... "No fui yo." Estaba muy usada, la tal lucerna... "y yo no estaba encargado de componerla, ¿verdad?..."

Cuando Erik reía, estaba aún más espantoso. Saltó á la barca burlándose de un modo tan siniestro, que no pude menos de sentir un calofrío.

—¡Muy usada, querido daroga!

(1) ¡Muy usada, la tal lucerna?... ¡Se cayó sola!... Y ahora, un consejo, daroga; anda á secarte, si no quieres atrapar un resfriado... Y sobre todo, no te metas jamás en mi barca ni trates de entrar en mi casa... Yo no estoy siempre aquí, y sentiría tener que dedicarte "mi misa de difuntos."

Diciendo esto en tono de sarcasmo, estaba en pie en la popa de su barca y se balanceaba como un mono. Tenía entonces enteramente el aspecto del barquero fatal, con los ojos de oro por añadidura. Pronto no vi más que sus ojos, y al fin desapareció en la noche del lago.

Desde aquel día, renuncié á entrar en su casa por el lago. Evidentemente, esta entrada estaba bien guardada, sobre todo desde que sabía que yo la conocía. Pero

(1) Daroga, en persa, comandante general de la policía de un gobierno.



yo pensaba que debía de existir otra, pues más de una vez le había visto desaparecer por el tercer foro, estando vigilándole, sin que yo pudiera decir cómo. No me cansaré de repetir que desde que encontré á Erik instalado en la Opera, vivía yo en un perpetuo terror de sus horribles fantasías, no en lo que pudiera interesarme particularmente, sino por los demás. (1) Y cuando sucedía algo desgraciado, algún accidente, no podía menos de pensar: "¡Puede que sea Erik!" como otros decían: "¡Puede que sea el fantasma!..." ¡Cuántas veces he oído pronunciar esta frase por personas que sonreían! ¡Desgraciados! Si hubieran sabido que el fantasma existía en carne y hueso y que era mucho más terrible que la vana sombra que invocaban, juro que hubieran dejado de burlarse. ¡Si hubiera sabido solamente de lo que Erik era capaz, sobre todo en un campo de maniobras como la Opera!... ¡Si hubieran conocido el fondo de mi pensamiento temible!...

(1) Aquí el persa hubiera podido confesar que la suerte de Erik le interesaba igualmente por sí mismo, pues no ignoraba que si el gobierno de Teherán hubiera sabido que Erik estaba vivo, se habría acabado la modesta pensión del Daroga. Es justo, por lo demás, añadir que el persa tenía un corazón noble y generoso, y no dudamos de que las catástrofes que temía por los demás, ocupaban fuertemente su espíritu. Su conducta en todo este asunto lo prueba suficientemente y merece todos los elogios.

Por mi parte, yo no vivía... Aunque Erik me había anunciado muy solemnemente que había cambiado y se había hecho el más virtuoso de los hombres "desde que era amado por sí mismo," frase que me dejó horriblemente perplejo, no podía menos de estremecerme pensando en el monstruo. Su horrible, única y repugnante fealdad le ponía muy por bajo de la raza humana y me había parecido muchas veces que por eso mismo, no creía tener deber alguno para con la humanidad. El modo que había tenido de hablarme de sus amores no había hecho más que aumentar mis angustias, pues preveía en el suceso á que había aludido, en el tono de charla que yo le conocía, la causa de dramas nuevos y más horribles que todos los demás. Sabía hasta qué grado de sublime y desastrosa desesperación podía ir el dolor de Erik, y las palabras que me había dicho, vagamente anunciadoras de la más horrible catástrofe, no cesaban de habitar en mi pensamiento aterrado.

Por otra parte, había yo descubierto el raro comercio moral que se había establecido entre el monstruo y Cristina Daé. Oculto en la habitación adjunta al cuarto de la joven diva, había asistido á sesiones admirables de música, que sumían evidentemente á Cristina en un maravilloso éxtasis, pero, con todo, no hubiera pensado que la voz de Erik, que es, á voluntad, sonora como el trueno ó dulce como la de los ángeles, pudiera hacer olvidar su fealdad. Lo comprendí todo cuando supe que Cristina no "le" había visto todavía.

Tuve ocasión de entrar en el cuarto y, recordando las lecciones que en otro tiempo me había dado, no me costó trabajo encontrar la artimaña que hacía girar el muro del espejo y eché de vez por qué mecanismo de ladrillos huecos y de portavoces se hacía oír de Cristina como si estuviese á su lado. Por allí, también descubrí el camino que conduce á la fuente y al calabozo—al calabozo de los comuneros—y la trampa que debía permitir á Erik introducirse directamente en los fosos del escenario.

Unos días después, cuál fué mi estupefacción al saber por mis propios ojos y mis propios oídos que Erik y Cristina se veían, y de sorprender al monstruo inclinado sobre la fuente que llora, en el camino de los comuneros (en lo más bajo del subterráneo), y refrescando la frente de Cristina desmayada. Un caballo blanco, el del "Profeta," que había desaparecido de las cuerdas de la Opera, estaba tranquilamente á su lado. Me dejé ver, y aquello fué terrible. De los dos ojos de oro salieron chispas y, antes de que pudiese yo decir una palabra, recibí en plena frente un golpe que me aturdió. Cuando volví en mí, Erik, Cristina y el caballo habían desaparecido. No dudaba que la desgraciada estaba presa en la morada del lago, y, sin vacilación, resolví volver á la orilla á pesar del peligro cierto de semejante empresa. Durante veinticuatro horas aceché, escondido en la negra orilla, la llegada del monstruo, pues pensaba que debía salir, estando obligado á ir á buscar sus provisiones. Y, respecto de esto, debo decir que, cuando salía á Paris, ó se atre-

vía á mostrarse en público, se ponía en lugar del horrible agujero de su nariz, una postiza provista de un bigote, lo que no le quitaba por completo su aspecto fúnebre, puesto que se decía detrás de él cuando pasaba: "¡Ahí pasa la muerte!" pero que hacía su vista medio soportable.

Estaba yo, pues, acechándole en la orilla del lago—del lago Averno, como él le llamaba bromeando—y, cansado de mi larga espera, pensaba ya que se habría marchado por la puerta del tercer foso, cuando oí un ligero ruido de agua en la obscuridad, ví los dos ojos de oro brillar como faros y pronto la barca atracó á la orilla. Erik saltó en tierra y vino á mí.

—Llevas ahí veinticuatro horas, me dijo; me estás estorbando, y te anuncio que todo esto va á acabar mal. ¡Y serás tú quien lo habrá querido, porque mi paciencia es prodigiosa para ti!... Tú crees seguirme, gran estúpido ("textual"), y yo soy quien te sigue y quien conoce todo lo que sabes de mí. Te traté con consideración, ayer, en el camino de los comuneros; pero, te lo digo en serio, que no te vea más en él... Todo esto es muy imprudente y, palabra de honor, me pregunto si sabes lo que significan las palabras...

Estaba tan encolerizado, que no quise interrumpirle. Y, después de soplar como una foca, precisó su horrible pensamiento, que correspondía á mi horrorosa preocupación.

—Sí, debes de saber de una vez para siempre lo que mis palabras significan. Te digo que con tus imprudencias—pues te has dejado de-

tener dos veces y llevar á la dirección, donde te tomaron por un persa maníático—acabarán por preguntarse qué vienes á buscar aquí... sabrán que buscas á Erik... querrán hacer lo que tú... y descubrirán la morada del lago... ¡Entonces, amigo, tanto peor!... ¡No respond. ya de nada!...

Volvió á soplar como una foca, y añadió:

—¡De nada!... Si los secretos de Erik son profanados, tanto peor para muchos de la raza humana!... Esto es todo lo que tenía que decirte. Si no eres un completo necio ("textual"), deberá bastarte, á no ser que no comprendas mis palabras...

Estaba sentado en la popa de su barca y golpeando la madera con los talones, mientras que esperaba lo que yo tuviera que decirle. Yo le dije sencillamente:

—No es á Erik á quien vengo á buscar.

—¿A quién, entonces?

—Bien lo sabes: á Cristina Daé. Erik me replicó:

—Tengo derecho á darle citas en mi casa; soy amado por mí mismo.

—No es verdad, le dije; la has robado, y la tienes prisionera.

—Escucha, me respondió: ¿me prometes no ocuparte de mis asuntos si te pruebo que me ama por mí mismo?

—Sí, te lo prometo, respondí sin vacilación, pues pensaba que era imposible que tal monstruo pudiera hacer semejante prueba.

—Pues bien, Cristina Daé saldrá de aquí cuando quiera, y volverá... Es muy sencillo... Sí, volverá, volverá por sí misma, porque me ama...

—¡Oh! dudo mucho que vuel-

va... Pero tu deber es dejarla salir.

—Mi deber, inmenso necio ("textual"), es mi voluntad... mi voluntad de dejarla salir... y volverá, porque me ama... Todo esto acabará en boda, una boda en la Magdalena... ¿Me crees al fin?... Te digo que mi misa de boda está ya escrita... ¡Verás qué "Kyrie!"

Golpeó otra vez con los talones la madera de la barca, en una especie de ritmo que acompañaba cantando á media voz: "¡Kyrie!"... "¡Kyrie Eleison!"... ¡Ya verás, ya verás qué misa!...

—Escucha, dije para terminar, te creeré si veo á Cristina Daé salir de la casa del lago y volver á ella libremente.

—¿Y no te ocuparás de mis negocios?

—Te lo prometo.

—Pues lo verás esta noche. Ven al baile de máscaras... Cristina y yo iremos á dar una vuelta... Escóndete en el cuarto ropero, y verás á Cristina, que irá á su cuarto, volver á tomar voluntariamente camino de los comuneros.

—¡Está convenido!

Si era verdad lo que decía, no tenía yo más que inclinarme, pues una guapa mujer tiene derecho de amar al monstruo más horrible, sobre todo, cuando, como éste, tiene la seducción de la música y cuando esa mujer es precisamente una distinguida cantante.

—Y, ahora, vete, porque tengo que salir á hacer mis compras...

Me fui, pues, siempre alarmado acerca de Cristina, pero teniendo sobre todo un pensamiento horrible, desde que él le había despertado

do á propósito de mis imprudencias.

Yo pensaba: ¿Cómo va á acabar todo esto? Y aun cuando yo fuese bastante fatalista por temperamento, no podía sacudir una indefinible angustia al pensar en la responsabilidad que había contraído un día dejando vivir al monstruo que amenazaba hoy á "muchos de la especie humana."

Con gran asombro mío, las cosas pasaron como él me las había anunciado. Cristina salió de la casa del lago y volvió á ella varias veces, sin que aparentemente estuviese obligada. Mi mente quiso entonces apartarse de ese misterio amoroso, pero era muy difícil para mí el no pensar en Erik á causa del horrible pensamiento. Resignado, sin embargo, á una extremada prudencia, no cometí la falta de volver á las orillas del lago ni al camino de los comuneros. Pero me perseguía la preocupación de la puerta del tercer foso y fui más de una vez á aquel sitio que sabía yo que estaba casi siempre desierto durante el día. Hacia allí estaciones interminables, retorciéndome las manos y oculto por una decoración del "Rey de Lahore", que se había quedado allí no sé por qué, pues no se representaba con frecuencia esa ópera. Tanta paciencia tenía que ser recompensada. Un día vi venir hacia mí al monstruo, de rodillas.

Estaba yo cierto de que no me veía. Pasó entre la decoración que allí se encontraba y un bastidor, fué hasta la muralla é hizo jugar, en un sitio que yo precisé de lejos, un resorte que hizo girar una piedra y le abrió un pasaje. Desapare-

ció por él, y la piedra volvió á cerrarse. Tenía el secreto del monstruo, secreto que podía entregarme la morada del lago.

Para cerciorarme, esperé al menos media hora é hice jugar á mi vez el resorte. Todo sucedió como con Erik. Pero tuve buen cuidado de no penetrar en el agujero, sabiendo que Erik estaba en su casa. Por otra parte, la idea de que podía ser sorprendido allí por Erik, me recordó de repente la muerte de José Buquet, y no queriendo comprometer semejante descubrimiento que podía ser útil á mucha gente, á "muchos de la raza humana," dejé los fosos después de haber puesto cuidadosamente la piedra en su sitio, según un sistema que no había variado desde Perxia.

Puédese pensar que seguía estando muy interesado por la intriga de Erik y de Cristina, no porque obedeciese en este asunto á una curiosidad malsana, sino á causa del horrible pensamiento que no me abandonaba. Pensaba yo: "Si Erik descubre que no es amado, podemos esperarlo todo." Y no cesando de vagar—prudentemente—por la Opera, supe muy pronto la verdad de los tristes amores del monstruo. Ocupaba la mente de Cristina por el terror, pero el corazón de la dulce niña pertenecía por entero al vizconde Raúl de Chagny. Mientras éstos jugaban los dos, como dos novios inocentes, en los techos de la Opera, huyendo del monstruo, no sospechaban que alguien velaba por ellos. Estaba yo decidido á todo; á matar al monstruo, si era preciso, y á dar después explicaciones á la justicia

Pero Erik no se dejó ver, sin que yo estuviese por eso más tranquilo.

Bueno es que diga todo mi cálculo. Creía que el monstruo, arrojado de su casa por los celos, me permitiría así penetrar sin peligro en la morada del lago por el paso del tercer foso. ¡Había tanto interés para todo el mundo en saber exactamente lo que pudiera haber allí dentro. Un día, cansado de esperar una ocasión, hice funcionar la piedra y oí una música formidable. El monstruo estaba trabajando, con todas las puertas abiertas, en su "Don Juan triunfante." Sabía yo que era aquella la obra de su vida. Paró un momento de tocar y echó á andar por su casa como un loco. Y dijo en alta voz, casi gritando: "¡Es preciso que todo esto acabe 'antes'!... Esta palabra no era aún para tranquilizarse, y, al oír que la música volvía á empezar, cerré la piedra muy quedo. Ahora bien, á pesar de esta piedra cerrada, oía yo todavía un vago canto lejano, que subía del centro de la tierra como había oído el canto de la sirena subir del fondo de las aguas. Y recordé las palabras de algunos tramoyistas, que habían hecho sonreír en el momento de la muerte de José Buquet: "Había alrededor del cuerpo del ahorcado como un ruido que parecía el oficio de difuntos."

El día del rapto de Cristina Daé, llegué bastante tarde al teatro, temblando saber malas noticias. Había pasado un día atroz, porque desde la lectura de un periódico de la mañana anunciando el casamiento de Cristina y del vizconde, no había cesado de preguntarme

si, después de todo, no haría mejor "denunciando al monstruo." Pero recapacité á tiempo que tal actitud no podía hacerme más que precipitar la catástrofe posible.

Cuando el coche me dejó delante de la Opera, miré á aquel monumento como si me extrañase "el verle todavía en pie."

Pero soy, como buen oriental, un poco fatalista, y entré "esperándolo todo." El rapto de Cristina en el acto de la prisión, que sorprendió, naturalmente, á todo el mundo, me encontró preparado. Estaba seguro de que Erik la había escamoteado, como rey que es, en verdad, de los prestidigitadores. Y pensé que esta vez era el fin para Cristina "y acaso para todo el mundo." De tal modo, que estuve un momento por aconsejar á la gente que permanecía en el teatro que huyese. Pero me detuvo la certeza en que estaba de que se me tomaría por un loco. No ignoraba, en fin, que si gritaba, por ejemplo, para hacer salir á la gente: ¡Fuego!... podría ser causa de una catástrofe, por las asfixias en la fuga, los pisotones, las luchas salvajes, que son peores que la catástrofe misma.

Sin embargo, me resolví á obrar personalmente sin tardanza. El momento, por lo demás, me parecía propicio. Tenía muchas probabilidades de que Erik no pensase en aquellos momentos más que en su cautiva. Era preciso aprovechar la ocasión para entrar en su morada por el tercer foso, y pensé agregarme para aquella empresa al pobre vizconde desesperado, el cual, á la primera palabra, aceptó mi proposición con una confianza en mí,

que me conmovió profundamente. Había yo enviado á buscar mis pistolas por mi doméstico, y Darío nos entregó la caja en el cuarto de Cristina. Entregué una pistola al vizconde, y le aconsejé que estuviese dispuesto á tirar como yo, pues, después de todo, Erik podía esperarnos detrás del muro. Había yo resuelto pasar por el camino de los comuneros y por la trampa.

El vizconde me había preguntado, al ver las pistolas, si íbamos á batirnos en duelo. "Ciertamente, ¡y qué duelo!..." le respondí, pero no tuve tiempo, por supuesto, de explicarle nada. El vizconde es valiente, pero lo cierto es que lo ignoraba casi todo de su adversario, lo que era mucho mejor para él.

¿Qué es un desafío con el más terrible de los duelistas al lado de un combate con el más genial de los prestidigitadores? Yo mismo me hacía difícilmente á la idea de que iba á entrar en lucha con un hombre que no es visible, en realidad, más que cuando quiere y que, en cambio, lo ve todo á su alrededor cuando todo permanece obscuro para uno. . . . En lucha con un hombre, cuya ciencia rara, cuya imaginación y cuya habilidad le permiten disponer de todas las fuerzas naturales combinadas para crear á nuestros ojos y á nuestros oídos la ilusión que nos pierde. . . . Y esto, en los fosos de la Opera, es decir, en el país mismo de la fantasmagoría. ¿Es posible imaginar esto sin estremecerse? ¿Se puede solamente tener una idea de lo que podría suceder ante la vista y los oídos de un habitante de la Opera, si se hubiese encerra-

do en los cinco fosos y los veinticinco telares un Roberto Houdin, feroz y "gracioso", que ora se burla, ora odia, ora vacía los bolsillos, ora mata? . . . ¡Combatir al aficionado á trampas! ¡Cuántas habrá fabricado allá, en nuestro país, en todos nuestros palacios! . . . ¡Combatir al aficionado á trampas en el país de las trampas! . . .

Si mi esperanza era que no hubiera dejado á Cristina Daé, guardándola en el palacio del lago, al que había debido de llevarla desmayada, mi terror era que estuviese ya cerca de nosotros preparando el "lazo de Pendjab."

Nadie sabe mejor que él preparar el "lazo de Pendjab" y es el príncipe de los estranguladores como es el rey de los prestidigitadores. Cuando había acabado de hacer reír á la sultana, en el tiempo de las "Horas rosa de Mazenderan," ésta pedía ella misma que la divirtiese en hacerla estremecerse. Y Erik no había encontrado nada mejor que el uso del lazo de Pendjab. Había estado en la India, y había vuelto con una habilidad increíble para estrangular. Se hacía encerrar en un patio al que se conducía un guerrero—lo más frecuentemente un condenado á muerte—armado con una larga pica y una ancha espada. Erik no tenía más que su lazo y se le oía silbar en el momento en que el guerrero creía aplastarle de un golpe formidable. De un movimiento de puño, Erik había apretado el delgado lazo al cuello de su enemigo, y le arrastraba en seguida delante de la sultana y de sus mujeres, que miraban desde una ventana y aplaudían. La sultana aprendió ella también á lan-

zar el lazo de Pendjab, y mató así á varias de sus mujeres y hasta á algunas de ellas, de las "Horas rosa de Mazenderan." Si he hablado de ellas, es que, habiendo llegado con el vizconde á los fosos de la Opera, tuve que ponerla en guardia contra la posibilidad amenazadora de una estrangulación. Ciertamente, una vez en los fosos, las pistolas no nos servían ya de nada, pues estaba convencido de que, desde el momento en que no se había opuesto al principio á nuestra entrada, Erik no se dejaría ya ver. Pero podía siempre estrangularnos. No tuve tiempo para explicar todo esto al vizconde, y aun habiéndolo tenido, no sé si le hubiera contado que había en la sombra un lazo de Pendjab dispuesto á silbar. Era inútil complicar así la situación, y me limité á aconsejar al señor de Chagny que tuviese siempre la mano á la altura de los ojos y el brazo doblado en la actitud del tirador de pistola que espera el mando de fuego. En esta posición es imposible, hasta para el más diestro estrangulador, lanzar útilmente el lazo de Pendjab, pues, al mismo tiempo que el cuello, se coge á un el brazo ó la mano, y ese lazo, que se puede deshacer fácilmente, se hace así inofensivo.

Después de haber evitado al comisario de policía, á algunos cerradores de puertas, á los bomberos; después de haber encontrado por primera vez al matador de ratas y de haber pasado inadvertidos para el hombre del sombrero de fieltro, el vizconde y yo llegamos por fin al tercer foso, entre la decoración del "Rey de Lahore" y el bastidor. Hice funcionar la piedra, y

saltamos á la morada que Erik se había construido en la doble envoltura de los muros de cimientos de la Opera, lo más tranquilamente del mundo, puesto que fué Erik uno de los principales contratistas de albañilería de Felipe Garnier, el arquitecto de la Opera, y había continuado trabajando misteriosamente él solo, cuando todos los trabajos estaban oficialmente suspendidos mientras la guerra, el sitio de París y la "Commune."

Conocía demasiado á mi Erik para abrigar la presunción de llegar á descubrir todas las artimañas que había podido fabricarse durante todo aquel tiempo; así que no estaba nada seguro al saltar en su casa. . . . Sabía lo que había hecho de ciertos palacios de Mazenderan. De la más honrada construcción del mundo, había hecho pronto la casa del diablo, en la que no se podía pronunciar una palabra sin que fuese espiada y transmitida por el eco. ¡Cuántos dramas de familia, cuántas tragedias sangrientas llevaba el monstruo detrás de él con sus trampas! . . . Sin contar que, en los palacios preparados por él, no podía uno saber nunca exactamente dónde se encontraba. Tenía invenciones asombrosas. Pero, ciertamente, la más curiosa, la más horrible y la más peligrosa de todas era la "Cámara de los Suplicios."

Fuera de caso: excepcionales, en los que la sultana se divertía en hacer sufrir á los burgueses, no se hacía entrar en esa cámara más que á los condenados á muerte. Era aquella, á mi parecer, la más atroz imaginación de las "Horas rosa de Mazenderan." Así, cuando

do el visitante que había entrado, cándida é imprudentemente, en la cámara de los suplicios, "no podía más" le era siempre permitido acabar por medio de un lazo de Pendjab, que se dejaba á su disposición al pie del arbol de hierro.

Ahora bien, cuál fué mi emoción, en cuanto entré en la morada del monstruo, al echar de ver que la pieza en que nos encontrábamos, el vizconde de Chagny y yo, era justamente la reproducción exacta de la cámara de los suplicios de la "Horas rosa de Mazenderan."

A nuestros pies, encontré el lazo de Pendjab que tanto había temido toda la noche. Estaba convencido de que aquel cordel había servido para José Buquet. El jefe de los maquinistas había debido de sorprender como yo á Erik en el momento en que hacía funcionar la piedra del tercer foso. Por curiosidad, había intentado pasar también antes de que se cerrase la piedra, y había caído en la cámara de los suplicios, de la que había salido ahorcado. . . . Me imaginé muy bien á Erik arrastrando el cuerpo de que quería desembarazarse, hasta la decoración del "Rey de Lahore," y suspendiéndole allí, para hacer un ejemplo y aumentar "el terror supersticioso que debía ayudarle á guardar la entrada en su caverna."

Pero, después de reflexionar, Erik había vuelto á buscar el lazo de Pendjab, que está singularmente hecho de tripa de gato y que hubiera podido excitar la curiosidad de un juez de instrucción. Así se explicaba la desaparición de la cuerda del ahorcado.

Y hete aquí que yo descubrí el lazo á nuestros pies en la cámara

de los suplicios. . . . No soy pusilánime, pero me inundó el rostro un sudor frío.

La linterna, cuyos rayos rojos paseaba por las paredes de la tristemente famosa cámara, temblaba en mi mano.

El vizconde lo echó de ver, y dijo:

—¿Qué pasa, caballero?

Le hice seña violentamente de que se callara, pues podía tener aún la suprema esperanza de que estuviéramos en la casa del monstruo sin que él supiera nada.

Y aun esta misma esperanza no era la salvación, pues podía imaginarse muy bien que, por la parte del tercer foso, la cámara de los suplicios estaba encargada de guardar la morada del lago, acaso automáticamente.

Sí, los suplicios iban acaso á comenzar de "un modo automático."

¿Quién hubiera podido decir qué acción nuestra esperaban para ello?

Recomendé á mi compañero la inmovilidad más absoluta.

Un silencio abrumador pesaba sobre nosotros.

Y mi linterna roja seguía haciendo la inspección de la cámara de los suplicios. . . . La reconocía. . . . La reconocía. . . .

## XXV

## EN LA CAMARA DE LOS SUPPLICIOS. — (CONTINUACION DEL RELATO DEL PERSA.)

Estábamos en el centro de una salita perfectamente hexagonal cuyas seis caras de pared estaban

interiormente guarnecidas de espejos... de arriba á abajo... En los ángulos se distinguían bien las juntas de espejo... los sectores destinados á girar sobre sus ejes... Sí, sí, los reconocía... y reconocía también el árbol de hierro en un rincón, en el fondo de uno de esos sectores... el árbol de hierro, con su rama de hierro... para los ahorcados.

Había yo cogido el brazo de mi compañero. El vizconde de Chagny estaba frenético, dispuesto á gritar á su novia el socorro que la llevaba... Temí que no pudiera contenerse.

De repente, oímos ruido á nuestra izquierda.

Fué aquello, al principio, como una puerta que se abriese y se cerrase en la pieza de al lado, y después hubo un sordo gemido. Estreché más fuertemente el brazo del vizconde, pues oímos distintamente estas palabras:

—Hay que elegir: la "misa nupcial" ó la "misa de difuntos."

Reconoció la voz del monstruo. Hubo aún un gemido.

Y, después, un largo silencio.

Estaba yo convencido entonces de que el monstruo ignoraba nuestra presencia en su casa, pues de otro modo se hubiera arreglado para que no oyésemos nada. Hubiera bastado para eso cerrar herméticamente la ventanilla invisible por la que los aficionados á suplicios miran los que se verifican en la cámara.

Y, después, estaba convencido de que si él hubiera conocido nuestra presencia, los suplicios hubieran comenzado inmediatamente.

Teníamos, pues, una gran ven-

taja sobre Erik. Estábamos á su lado, y él no sabía nada.

Lo importante era no hacérselo saber, y yo no temía nada tanto como los impetus del vizconde, que quería lanzarse á las paredes para alcanzar á Cristina, cuyo gemido creíamos oír de vez en cuando.

—La misa de difuntos no es alegre, siguió diciendo la voz de Erik, mientras que la misa nupcial es magnífica... Hay que tomar una resolución y saber lo que se quiere... A mí me es imposible seguir viviendo así, en el fondo de la tierra, en un agujero, como un topo... "Don Juan triunfante" está ya acabado, y, ahora, quiere vivir como todo el mundo... Quiero tener una mujer como todo el mundo y llevarla á paseo los domingos. He inventado una máscara que me hace la cara de cualquiera. Nadie se volverá siquiera, y tú serás la más feliz de las mujeres. Y cantaremos para nosotros solos, hasta morir. ¡Lloras! ¡Tienes miedo de mí!... No soy, sin embargo, malo en el fondo. ¡Amame y verás!... ¡No me ha faltado para ser bueno más que ser amado! Si tú me amas, seré dulce como un cordero y harás de mí todo lo que quieras.

Pronto, el gemido que acompañaba á esta letanía de amor, fué creciendo. Nunca lo había oído más desesperado, y el señor de Chagny y yo reconocimos que esta horrible lamentación venía del mismo Erik. Cristina debía de estar, muda de horror, sin tener fuerza para gritar, ante el monstruo arrodillado.

Aquella lamentación era sonora y rugiente como la queja de un océano, y Erik, por tres veces, hi-

zo salir estas palabras de la roca de su garganta:

—¡No me amas! ¡No me amas! ¡No me amas!

Y añadió dulcificándose:

—¡Por qué lloras? Bien sabes que me das pena.

Un instante de silencio.

Cada silencio era para nosotros una esperanza, porque pensábamos: "Puede que haya dejado á Cristina detrás del muro."

Y sólo deseábamos encontrar la posibilidad de advertir á Cristina de nuestra presencia sin que el monstruo lo sospechase.

No podíamos salir ya de la cámara de los suplicios más que si Cristina nos abría la puerta, y ésta era la primera condición para que pudiéramos socorrerla, pues hasta ignorábamos dónde se encontraba la puerta á nuestro alrededor.

De repente, el silencio de al lado fué interrumpido por una campanilla eléctrica.

Oyóse como un salto al otro lado del muro, y la voz de trueno de Erik dijo:

—¡Llaman! ¡Sirvase usted entrar!

Una risotada lúgubre.

—¡Quién vendrá ahora á estorbarnos? Esperame un poco aquí. Voy á decir á la sirena que abra.

Se alejaron unos pasos y se cerró la puerta. No tuve tiempo de pensar en el nuevo horror que se preparaba; olvidé que el monstruo no salía, acaso, más que para cometer un nuevo crimen, y no comprendí más que una cosa: Cristina estaba sola detrás del muro.

El vizconde la estaba ya llamando.

—¡Cristina! ¡Cristina!

Desde el momento en que enten-

díamos lo que se decía en la pieza de al lado, no había ninguna razón para que mi compañero no fuera oído á su vez. Y, sin embargo, el vizconde tuvo que repetir varias veces su llamada.

Por fin, llegó á nosotros una débil voz.

—Estoy soñando, decía.

—¡Cristina! ¡Cristina! Soy yo, Raúl.

Silencio.

—¡Pero respóndeme, Cristina!

¡Si estás sola, en nombre del cielo, respóndeme!

Entonces la voz de Cristina murmuró el nombre de Raúl.

—¡Sí, sí, soy yo! ¡No es un sueño!

¡Cristina, ten confianza! ¡Estamos aquí para salvarte!... ¡Pero ni una imprudencia! ¡Cuando oigas al monstruo, adviértenos!

—¡Raúl!... ¡Raúl!...

Cristina se hizo repetir muchas veces que no soñaba y que Raúl había podido llegar hasta ella, conducido por un compañero adicto que conocía el secreto de la morada de Erik.

Pero, en seguida, á la rápida alegría que la llevábamos, sucedió un terror más grande. Quería que Raúl se alejara inmediatamente.

Temía que Erik descubriese su escondite, pues, en este caso, no hubiera vacilado en matarle. Hízonos saber en pocas palabras precipitadas que Erik se había vuelto enteramente loco de amor y que estaba decidido á matar á todo el mundo, si ella no consentía en ser su mujer ante el alcalde y el cura, el cura de la Magdalena. Le había dado hasta el día siguiente, á las ocho de la noche, para reflexionar. Era el último plazo. Tendría que escoger como él decía, entre la misa nupcial y la de difuntos.

Y Erik había pronunciado esta frase que Cristina no había comprendido enteramente: "Si ó no. Si es no, 'todo el mundo es muerto y enterrado.'"

Pero yo comprendía muy bien la frase, porque respondía de un modo terrible á mi pensamiento.

—¿Podría usted decirnos dónde está Erik? pregunté.

—Ha salido de la morada, respondió Cristina.

—¿Podría usted cerciorarse?

—¡No!... Estoy atada!... No puedo hacer ni un movimiento!

Al saber esto, el vizconde y yo no pudimos contener un grito de rabia. La salvación de los tres dependía de la libertad de movimientos de la joven.

—¡Oh! libertaría... Llegar hasta ella...

—¿Pero dónde están ustedes? preguntó Cristina. No hay más que dos puertas en mi cuarto: la cámara Luis Felipe, de la que he hablado á Raúl, una puerta por la que entra y sale Erik, y otra que no ha abierto jamás delante de mí y que me ha prohibido pasar jamás, porque es, según dice, la más peligrosa de las puertas... la puerta de los suplicios...

—Cristina, estamos detrás de esa puerta...

—¿Están ustedes en la cámara de los suplicios?

—Sí, pero no vemos la puerta.

—¡Ah! si yo pudiera solamente arrastrarme hasta ahí. Golpearía la puerta y verían ustedes dónde estaba.

—¿Es una puerta con una cerradura? pregunté.

—Sí, con una cerradura.

Yo pensé: Se abre por el otro lado con una llave, como todas las puertas; pero de nuestro lado se

abre solamente con el resorte y no va á ser fácil descubrirle.

—Señorita, dije, es preciso absolutamente que nos abra usted esa puerta.

—¿Pero cómo?... respondió la voz angustiada de la joven... Oímos un cuerpo que se arrastraba y que trataba, con toda evidencia, de libertarse de los lazos que le aprisionaban.

—No haremos nada sino por la astucia, dije. Hay que tener la llave de esa puerta...

—¿Sé dónde está, respondió Cristina, que parecía agotada por el esfuerzo que acababa de hacer... Pero estoy bien atada... ¡El miserable!...

Oyóse un sollozo.

—¿Dónde está la llave?... pregunté, ordenando al vizconde que se callase y me dejase dirigir el negocio, pues no teníamos un instante que perder.

—En su cuarto, al lado del órgano, con otra llavecita de bronce que me ha prohibido igualmente tocar. Están las dos en un saquito de cuero que él llama: "El saquito de la vida y de la muerte"... ¡Raúl! ¡Raúl! ¡Huyan ustedes!... ¡Vayanse por donde han venido!... Esa cámara debe de tener razones para llamarse de ese modo.

—¿Cristina! dijo el joven, saldremos de aquí juntos ó juntos moriremos.

—No depende más que de nosotros el salir sanos y salvos, dije, pero hay que guardar la sangre fría. ¿Por qué la ha atado á usted, señorita? Usted no puede, sin embargo, escaparse de esa casa, y él lo sabe bien.

—Porque he querido matarme... El monstruo, esta noche, después de haberme transportado aquí

desmayada y medio cloroformizada, se había ausentado... Según me dijo, "tenía que ir á ver á su banquero"... Cuando volvió, me encontró con la cara ensangrentada... Había querido matarme y me había pegado con la cabeza en las paredes.

—¿Cristina!... gimió Raúl. Y se puso á sollozar.

—Entonces me ató. No tengo derecho á morir hasta mañana á las once de la noche.

Toda esta conversación á través del muro era mucho más entrecortada y prudente de lo que pudiera expresar aquí. Nos deteníamos con frecuencia en medio de una frase, porque nos había parecido haber oído un crujido, un paso, un rumor insólito... Ella nos decía: ¡No, no! ¡No es él!... ¡Ha salido!... ¡He oído el ruido que hace al cerrarse la piedra del lago! Ha ido á ver quién es el desgraciado imprudente que ha tocado la entrada del lago.

—Señorita, dije, el monstruo ha atado á usted y él la desatará. No se trata más que de representar la comedia que hace falta para ello... ¡No olvide usted que la ama!

—¿Desgraciada! oímos. ¿Cómo haré yo para olvidarlo nunca?

—Recuérdelo usted para sonreírle... Suplíquele... Dígale que estas ataduras la hieren...

Pero Cristina dijo:

—¿Silencio!... Oigo algo en el muro del lago!... ¡Es él!... ¡Vayanse!... ¡Vayanse!...

—No nos iríamos aunque pudiéramos, afirmé para impresionar á la joven. ¡Pero no podemos marcharnos! ¡Y estamos en la cámara de los suplicios!

—¿Silencio! volvió á decir Cristina.

Los tres nos callamos. Unos pe-

sados pasos se arrastraban del otro lado del muro y después se detenían y hacían de nuevo gemir el suelo. Después se oyó un suspiro formidable seguido de un grito de horror de Cristina, y escuchamos la voz de Erik:

—Te pido perdón por mostrarte semejante cara. Estoy en bonito estado, ¿no es verdad? La culpa es "del otro." ¿Por qué ha llamado? ¿Acaso pregunto yo que hora es á los que pasan? El no preguntará ya la hora á nadie... La culpa es de la sirena...

Otro suspiro, más hondo, más formidable, salido del fondo del abismo de un alma.

—Por qué has gritado, Cristina?

—Porque sufro, Erik.

—Creí que te había dado miedo.

—Erik, desate usted mis lazos.

¿No soy su prisionera?

—Querías otra vez matarte...

—Me ha dado usted hasta mañana á las once de la noche.

Los pasos seguían arrastrándose por el suelo.

—Después de todo, puesto que debemos morir juntos... Y yo tengo tanta prisa como tú... ¡Si! yo también estoy harto de esta vida, como comprendes...

Espera, no te muevas... Voy á desatarte... No tienes más que decir una palabra: "no, y todo acabará para todo el mundo"...

Tienes razón... ¿Para qué esperar hasta mañana á las once? ¡Ah! sí, de ese modo hubiera sido más hermoso... Siempre he tenido la enfermedad de lo grandioso...

Es infantil... No hay que pensar más que en sí mismo en la vida, en nuestra propia muerte... lo demás es superfluo... "¿Estás mirando qué mojado estoy?"

¡Ah! querida, es que he hecho mal

de salir... Hace un tiempo de perros... Aparte de esto, creo que tengo alucinaciones... El que llamaba hace un momento á la sirena—vete á ver en el fondo del lago si llama todavía—pues bien, se parecía... ¡Ajaja! Vuélvete... ¿Estás contenta?... Ya te he desatado... ¡Dios mío!... ¡Tus muñecas!... ¿Te ha hecho daño, di?... Esto sólo merece la muerte. Y, á propósito de muerte, tengo que cantarle su misa...

Al oír aquellas terribles frases, no pude menos de tener un espantoso estremecimiento... Yo también había llamado una vez á la puerta del lago... y, sin saberlo, ciertamente, había puesto en marcha alguna corriente advertidora... Y recordaba los dos brazos salidos de las aguas negras como tinta... ¿Quién había sido el desgraciado extraviado en aquellas orillas?

El pensamiento de aquel desgraciado me impedía casi regocijarme por la estratagema de Cristina y, sin embargo, el vizconde murmuraba á mi oído esta palabra mágica: ¡Libre!... ¿Quién, quién era el otro, por el que estábamos oyendo la misa de difuntos?

¡Ah! el sublime y furioso canto... Toda la casa del lago rugía. Todas las entrañas de la tierra se estremecían... Habíamos pegado el oído al muro para oír la comedia de Cristina Daé para libertarnos, pero no oíamos más que la misa de difuntos. Aquello era más bien una misa de condenados, como si en el centro de la tierra se formase una ronda de demonios.

Recuerdo que el "Días iras" que "él" cantó nos envolvió como en una tempestad. Sí, teníamos el rayo y los relámpagos alrededor de

nosotros. Háblele yo oído cantar en otro tiempo. Llegó á hacer cantar á los toros androcéfalos en los muros del palacio de Mazenderan. Pero cantar así, ¡jamás, jamás! Cantaba como el dios del trueno.

De repente, el órgano y la voz se callaron tan bruscamente, que el vizconde y yo retrocedimos detrás de la pared, de tal modo fuimos sorprendidos... Y la voz, repentinamente cambiada, transformada, rugió distintamente estas palabras metálicas:

—¿Qué has hecho de mi saco?

## XXVI

COMIENZAN LOS SUPPLICIOS  
(CONTINUACION DEL RELATO DEL PERSA).

La voz repitió con furor:

—¿Qué has hecho de mi saco?

Cristina no debía de temblar más que nosotros.

—¿Era para cogerme mi saco para lo que querías que te desatase?

Se oyeron pasos precipitados, la carrera de Cristina que volvía á la cámara Luis Felipe como para buscar un refugio delante de nuestro muro.

—¿Por qué huyes? decía la voz rabiosa que la había seguido... ¿Quiéres devolverme mi saco? No sabes que es el saco de la vida y de la muerte?

—Escúcheme usted, Erik, suspiró la joven... Puesto que en adelante está convencido que hemos de vivir juntos, ¿qué le importa á usted? Todo lo que es suyo me pertenece.

Fué aquello dicho de un modo tan tembloroso, que daba lástima.

La desgraciada debía estar empleando toda la energía que le quedaba para sobreponerse á su terror... Pero no era con tan infantiles supercherias, dichas castañeteando los dientes, como podía engañar al monstruo.

—Bien sabe usted que no hay ahí dentro más que las llaves. ¿Qué quiere usted hacer de ellas? preguntó.

—Querria, dijo Cristina, visitar esa cámara que me ha ocultado usted siempre... Es una curiosidad de mujer, añadió en un tono que quería ser cariñoso y que debió de aumentar la desconfianza de Erik, de tal modo sonaba á falso.

—No me gustan las mujeres curiosas, replicó el monstruo, y debía usted de desconfiar, conociendo la historia de Barba Azul... ¡Ea! devuélvame usted mi saco... ¿Quiéres dejar la llave, curiosilla?

Y prorrumpió en una carcajada sardónica, mientras Cristina arrojaba un grito de dolor... Erik acababa de quitarle el saco.

En este momento, el vizconde, no pudiendo contenerse más, dió un grito de rabia impotente, que logró difícilmente ahogar en sus labios.

—¡Calla!... dijo el monstruo. ¿Qué es eso?... ¿No has oído, Cristina?

—¡No, no! respondió la desgraciada. ¡No he oído nada!

—Mo parecía que habían dado un grito.

—¡Un grito!... ¿Está usted loco, Erik... ¿Quién quiere usted que grite en el fondo de esta morada?... Soy yo la que he gritado, porque me hacía usted daño... Yo no he oído nada...

—¿Cómo me dices eso! ¡Estás temblando...! ¡Han gritado! ¡Han gritado!... ¡Hay alguien en la cámara de los suplicios!... ¡Ah! ahora comprendo...

—¡No hay nadie, Erik!

—¡Comprendo!...

—¡Nadie!...

—¡Tu novio, acaso!...

—Yo no tengo novio, bien lo sabe usted...

Una nueva carcajada feroz.

—Por lo demás, es tan fácil saberlo... Mi adorada Cristina, mi amor, no es necesario abrir la puerta para ver lo que pasa en la cámara de los suplicios. ¿Quiéres ver?... ¡Mira!... Si hay alguien, si hay verdaderamente alguien, vas á ver iluminarse cerca del techo la ventana invisible... Basta correr esta cortina negra y apagar aquí... ¡Ajaja!... apagüemos... Tú no tienes miedo de la obscuridad en compañía de tu marido...

Se oyó entonces la voz angustiada de Cristina.

—¡No! No apague usted... ¡Tengo miedo!... ¡Le digo á usted que tengo miedo de la obscuridad!... Esa cámara no me interesa ya nada... Es usted el que siempre me está metiendo miedo, como á una niña, con la tal cámara de los suplicios... Así es que he sido curiosa, es cierto, pero ya no me interesa absolutamente nada...

Y lo que yo temía más que todo comenzó "automáticamente"... De pronto fuimos inundados de luz... Sí, detrás de nuestro muro parecía que se había prendido fuego. El vizconde, que no lo esperaba, se quedó tan sorprendido, que vaciló. Y una voz de cólera estalló al lado.